



Ruinas de la abadía des Vaux-de Cernay, fundada en el siglo XII.

LA ARQUITECTURA OJIVAL Ó APUNTALADA, LLAMADA GENERALMENTE GÓTICA.

En España y fuera de ella se ha denominado y aun hoy se denomina *gótico* un género de arquitectura nacido en Europa durante el siglo XII, época en que los godos y su descendencia habían desaparecido de unas de las naciones de esta parte del mundo, y en otras se habían ido mezclando de tal modo que, con las antiguas gentes del país, se habían amalgamado hasta el punto de formar un solo pueblo en que hubiera sido imposible distinguir resto alguno de una ni otras razas. Ya no existían en Italia desde el año de 553; en España la invasión mahometana los había obligado á principios del siglo VII, á refugiarse en las montañas de Asturias y Cantabria, en donde insensiblemente se fueron confundiendo con los naturales, hasta que por último la dinastía misma, en que mas ó menos pura quedaba la raza goda, dió lugar con el casamiento de Doña Sancha, hija de Alfonso V, á la introduccion en ella de otra familia por parte de varon, tomando por esposo aquella augusta señora á Fernando I de Navarra, desde cuya época (año de 1037) seria de toda propiedad el llamar godos ni á los súbditos ni á los reyes de

Castilla. En Francia al comenzar á desarrollarse la arquitectura ojival, la raza goda se hallaba confundida desde largo tiempo con la poblacion meridional de la Gاليا; se habia extinguido el Arrianismo, base por largo tiempo de sus creencias; y por último la guerra de los albigenses habia sometido el país, antes por ellos ocupado, á los reyes capetinos.

Reconocida por todos los eruditos la inexactitud de esta denominacion, se ha tratado de reemplazarla con otra mas propia. La primera tentativa de semejante cambio fué muy poco feliz: porque sus autores, figurándose que existia una notable semejanza entre esta arquitectura y la empleada por los mahometanos, la dieron el apellido de *sarracena* ú *oriental*. Pronto se vió, empero, que no solo el sistema arquitectónico, sino tambien la ornamentacion, eran tan distintos, que entre ambos géneros no existia otra semejanza que la abundancia de ornatos. Entonces un sabio arqueólogo propuso que se la llamase *ojival*, atendida la circunstancia de que la ojiva ó arco apuntado era el que casi siempre se habia usado en ella. — Esta forma de arco es como la de la puerta que se ve en las ruinas que, para servir de muestra de ella, están representadas en el grabado que encabeza el presente artículo. Es, pues, un arco formando punta, ó si se

31 DE AGOSTO DE 1856.



quiere mejor ángulo, por su parte superior: hay otras varias formas de *ojivas*; pero todas convienen en apuntarse mas ó menos por arriba. — Algunos arqueólogos ingleses, observando que la *ojiva* se encuentra tambien en otros estilos arquitectónicos, y que en este acompañan á tal forma otras partes componentes que rematan en *puntas*, le denominan *estilo apuntado*.

¿Cuál ha podido ser la causa de que tan craso error haya nacido y se haya generalizado por toda Europa? ¿Cómo y cuándo empezó á usarse esta falsa denominación?

Bien sabemos que algunos autores han dicho provenir esto de que en la época llamada *del Renacimiento*, á saber, durante el siglo XV en Italia, y el XVI en España, habiéndose vuelto la atención de los artistas hácia el estudio de los edificios de la antigüedad, el entusiasmo producido por los monumentos del romano imperio fué tal que hizo dar á todos los de la Edad-media indistintamente el nombre de *góticos* tomándole por sinónimo de *bárbaros*. Pero ¿no podrá haber sido mas antiguo el origen de esta impropia denominación? Creemos que no sea un absurdo el suponer que el nombre de *gótica* dado al principio con un fundamento sólido á la arquitectura que precedió al estilo *ojival*, pudo quedarle despues á esta última, porque designaba en la opinion vulgar un sistema de edificar que no era ni el de la época moderna ni el de la antigüedad pagana.

Tal juzgamos ser la verdad; y por imprevista que pueda parecer al pronto esta opinion, parécenos sin embargo estar en el caso de poder probarla. Resultará de nuestras razones una nueva prueba de la poca relacion que existe entre el nombre de *gótica* y la arquitectura *ojival*; y se sabrá al mismo tiempo por qué sencillísima circunstancia, por qué hábito natural se formó tan estupenda asociacion del estilo con su falso nombre, resolviéndose así la dificultad.

Se lee en una Vida de San Ovando, obispo de Ruan, escrita en latin hácia el medio del siglo VIII, el notable pasaje siguiente: «Aquella basílica (la de San Pedro) en que descansan sus santos miembros (los de San Ovando), fué notablemente construida con admirable obra, piedras cuadradas y *mano gótica*, por Clothario I, rey de los francos, hácia el año 24 de su reinado, cuando obtenia la silla de Ruan el obispo Flavio.»

Resulta evidentemente de este pasaje, y sin que tengamos necesidad de recurrir á interpretaciones ó á conjeturas aventuradas, que en el siglo VIII la reputacion de los arquitectos godos bastaba para recomendar un monumento á la admiracion de los contemporáneos; y en segundo lugar, que la idea de la presencia de un arquitecto godo se unia íntimamente con la idea de diversas cualidades de ciertas construcciones de entonces, y notablemente entre otras con la costumbre de cortar las piedras en cuadro y con precision.

¿Pues en qué época hallamos á los arquitectos godos así recomendados en la Galia central? En el siglo VIII, fecha de la vida de San Ovando y aun antes, es decir, hácia el vigésimo cuarto año del reinado de Clothario I que corresponde al 535 de la Era cristiana. Evidentemente no habia entonces arquitectura de *ojivas*, y aun se estaba muy lejos de pensar en ella. Las construcciones importantes eran *románicas*, nombre que, desde hace poco tiempo, se ha introducido para distinguir este período de decadencia de los bellos tiempos de la arquitectura antigua.

La sola frase «piedras cuadradas» bastaria para manifestarlo. No se dudará de ello segun esperamos si se reune al citado pasaje el siguiente que habla de un monasterio fundado por San Badoleín en las orillas del Marne. El autor de la Vida de este santo abad nos dice haberse erigido el cenobio en el sitio en que estuvieron una ciudad y un campo romanos, dando por prueba lo que aquí traducimos exactamente: «Aun hoy se hallan grandes piedras cuadradas con muy buen trabajo romano que fueron puestas entonces en los cimientos del mismo edificio.» — Esta fundacion se refiere al reinado de Clovis II, y por consiguiente al segundo tercio del siglo VII.

De este modo la arquitectura romana y la goda, si desde entonces se la puede llamar así, se encuentran presentadas bajo los

mismos caracteres principales, excitando en el mismo grado la admiracion de los contemporáneos ó mas bien no siendo mas que una sola y misma arquitectura perfectamente distinta del sistema de construccion de los indígenas y de los conquistadores. Segun el texto, no se puede negar que la iglesia de San Pedro de Ruan ha dicho el biógrafo ser obra de arquitecto godo, y que habia ya un género arquitectónico atribuido á los romanos, ó mejor dicho, desde entonces, y largo tiempo antes del nacimiento del sistema *ojival*, se creia que los godos, así como los romanos, de quienes eran discípulos y rivales, habian cultivado con buen éxito el arte de edificar.

Expliquemos antes de pasar adelante esta circunstancia que nuestra primera cita hace incontestable.

De todos los pueblos bárbaros que invadieron el imperio romano los godos eran los únicos que se habian manifestado favorables á la civilizacion de los vencidos, y que mostraron inclinacion á adoptarla y amoldarse á ella. Antes de Teodorico el Grande, que se habia criado en Constantinopla en la corte de Leon, Atilfo, sucesor de Alarico, y despues esposo de Placidia, habia proyectado poner las armas y el valor de los godos al servicio de la civilizacion romana, y escudar al Imperio, y á sus leyes, artes y cultura literaria con la salvaguardia de sus conquistadores súbditos, cuyo feroz brio parecia que tendria un destino muy noble en la realizacion de este proyecto. Pequeño fué el éxito que obtuvo; pero no así Teodorico. Este príncipe, amoldado desde su infancia á la cultura y costumbres romanas, es cierto que fué gran guerrero; pero su gusto por la paz, y el talento que desplegó para conservarla fueron mayores aun que sus virtudes militares. Hizo restaurar los monumentos de Roma y protegió por todos los medios que pudo las artes de los vencidos. Aunque Atilfo habia en otro tiempo perdido la esperanza de llevar á efecto su plan con su nacion, seria un absurdo el pensar que viviendo en medio de las obras maestras de la antigüedad, estimulados por el ejemplo y proteccion de sus príncipes, no se hallasen entre los godos hombres dispuestos á dedicarse á un estudio que, á pesar de sus preocupaciones de vencedores y bárbaros, hacia al pueblo vencido tan venerable á sus ojos. Se puede, pues, suponer con fundamento que entre los godos debió de haber artistas, principalmente arquitectos, y que el tiempo que permanecieron en Italia (de 493 á 553), y en la Galia, en donde se establecieron en 412 para no volver á salir, basta para autorizar á creer que este desarrollo pudo tomar considerables proporciones entre ellos y por ellos.

Por otra parte los hechos prueban que los hombres mas cercanos á la época en que los godos eran preponderantes, atribuian á estos los mismos conocimientos que á los romanos. Podemos ir mas lejos, y los pasajes citados apoyarán nuestra opinion. Se debe reconocer que los nuevos conquistadores del norte de la Galia confundieron en una misma aversion á los romanos y á los godos. La asimilacion que comenzaba á verificarse entre godos y romanos, es un hecho que resulta claramente de la historia de la primera raza de Francia. Parece como que su larga mansion en el mediodia de la Galia, y en la Italia central y septentrional los hizo perder sus derechos al origen germánico y á las simpatías de los pueblos que de tales derechos tambien participaban. La mas grave acusacion que, segun parece, pesaba sobre ellos, era haber cambiado la rudeza y las bárbaras virtudes de sus antepasados por las costumbres y cultura del pueblo conquistado; pero al mismo tiempo, y por consecuencia necesaria de esta acusacion misma, los francos les atribuian iguales talentos y conocimientos que á los vencidos. Así cuando los reyes francos desearon ilustrar á su reino con algunos monumentos, casi siempre religiosos, confiaron su ejecucion á los arquitectos romanos ó godos, ó á artistas indiferentemente calificados con estos dos nombres. Ni podia ser de otra manera desde que sobre las ruinas de la dominacion romana estableció Teodorico su benéfico poder, mas solícito de librar de una pérdida, inevitable sin él, los monumentos y civilizacion de Roma, que lo hubiese sido de librar al Imperio mismo; que lo fué en efecto cuantas veces las circunstancias le llamaron á este ter-



reno imponiéndole tal deber. El nombre de Teodorico, y con él la gloria de la nación goda, merecían hacer olvidar los oscuros y vergonzosos reinados de Augústulo, Julio Nepos y sus impotentes predecesores. Ningun emperador se mostró tan entusiasta de la civilización y riquezas arquitectónicas de los romanos como Teodorico. Este además hizo erigir, en Ravena, Pavia, Monza y otras ciudades, pórticos, templos, baños públicos, palacios etc.; y sus favores se extendieron no solo á la arquitectura, sino también á la pintura, al mosaico, á la escultura, á la fundición de metales y á otras artes.

Si á todos estos motivos se añade la influencia que ejerció Teodorico sobre los otros bárbaros establecidos en el Imperio, tanto por sus alianzas como por su alta política, se comprenderá sin trabajo por qué el nombre de *godo* se halla confundido en la inteligencia de los pueblos con el de *romano*. Antes de Teodorico los germanos estaban ya acostumbrados á considerar al Imperio como cosa de poca importancia; ¿qué debió suceder cuando el esplendor del reino de este monarca eclipsó á sus predecesores romanos ó bárbaros?

Creemos, pues, fundándonos en la conexión, fácil de comprender, entre los dos pasajes citados, que el arte gótico y el romano, considerados en las obras arquitectónicas, eran exactamente los mismos en los siglos que siguieron al establecimiento de los godos en el mediodía de la Galia y en el norte de la Italia. El espectáculo de los monumentos romanos en medio de los cuales vivía este pueblo, debió de estimular al desarrollo de su gusto por las artes, que nada excitaba entre los otros bárbaros de raza germánica.

No tenemos mas que una muy ligera idea de lo que podían ser en aquella época las construcciones indígenas de los galos, y menos aun las de los invasores. Todos los monumentos de alguna consideración que pertenecen á los primeros siglos de la Edad-media, están contruidos segun el sistema de las construcciones romanas, practicado por los godos discípulos de los romanos. No es, pues, sorprendente que, á juicio de los contemporáneos, las construcciones monumentales, del todo distintas de las vulgares destinadas á las necesidades del pueblo, recibiesen indiferentemente los nombres de romanas ó de góticas, segun lo atestigua el citado pasaje de la Vida de S. Oando, que refiriéndose al año de 535 de nuestra Era no podría de ningun modo designar un monumento á que se pudiese aplicar la denominación de *gótica* en el sentido que la damos hoy.

Está por consiguiente demostrado que largo tiempo antes de la introducción de la *ojiva* se reconocía en las grandes construcciones la mano de los arquitectos godos.

(Concluirá.)

## LAS ORDENES DE CABALLERIA.

CABALLERÍA ANDANTE. — ORDENES RELIGIOSO-MILITARES. — ENUMERACION DE LAS MAS CÉLEBRES ORDENES DE CABALLERÍA DE ESPAÑA.

A la muerte de Carlo Magno la Europa quedó sumida en la barbarie de que en vano había tratado de sacarla el célebre é ilustrado emperador. Las invasiones de los normandos y de los mahometanos, las guerras civiles, las rebeliones, la depredación, la anarquía, llenan las páginas de la historia durante la época que siguió á aquel triste acacamiento. Los excesos consiguientes á tamaño desorden obligaron á algunos esforzados personajes á irse reuniendo y asociando entre sí para protegerse mutuamente, y los inspiraron la filantrópica idea de proteger á los desvalidos. Como que entre estos últimos no podían menos de contarse en primer lugar los individuos del bello sexo, ya por su natural debilidad, ya por hallarse expuestos á vejaciones mas numerosas y de mas terribles consecuencias que los del sexo fuerte; y como el Supremo Hacedor los ha dotado de atractivos que inspiran sublimes sentimientos en las almas generosas; era consiguiente que esta interesante porción del género humano

obtuviese una notable preferencia en el benéfico objeto que se proponían tan heroicos y nobles paladines.

Los bienhechores guerreros, habiendo jurado proteger á la inocencia y socorrer á los oprimidos, diéronse á recorrer la tierra como campeones de la desgracia y de la hermosura, prestando con la fuerza de sus brazos y armas un desinteresado y eficaz amparo contra los latrocinios é injurias; no esquivando los peligros, sino por el contrario buscando las aventuras mas difíciles y arriesgadas. Por esta circunstancia de andar errantes, y por la de marchar y pelear á caballo, recibieron el nombre de *Caballeros andantes*, y la asociación el nombre de *Andante Caballería*.

Puede atribuirse á el anárquico estado de la sociedad europea al nacer semejante institucion, el que los Caballeros no reconociesen otro soberano que aquel á cuyo servicio se ponían voluntariamente y para un objeto determinado; y el que nunca abrazasen causa alguna que, segun su conciencia, no fuese del todo justa.

La nobleza, el valor acreditado y otras buenas cualidades personales eran indispensables circunstancias para entrar en la asociación. Los señores feudales, los príncipes y hasta los monarcas se creían sumamente favorecidos cuando conseguían la estimada honra de que se les armase Caballeros.

La Religión dió desde luego santas ceremonias á la Caballería andante, bendiciendo la espada de los Caballeros; y la inspiró algunas de sus benéficas y sublimes máximas; pero esta hizo una sorprendente mezcla de la religion y de la galantería. La fidelidad á las damas llegó á ser para los Caballeros un deber casi tan imprescindible como la fidelidad á Dios; la devoción y el amor fueron, pues, su móvil: *Dios y las damas* su venerada divisa; y en sus juramentos entraban siempre la Religión y el amor.

En los torneos, fiestas del valor, escuelas de la cortesía, reuniones magníficas en donde se recordaban las admirables hazañas de Caballeros célebres que la juventud tomaba por modelo, las damas eran los jueces de los hechos de los paladines, y quienes adjudicaban el premio al vencedor; así su imperio se hizo absoluto sobre el corazón de los guerreros; y este imperio sirvió, no para debilitar, sino para aumentar el heroísmo de los campeones.

La mera sospecha de mentira ó de felonía era una enorme injuria para un Caballero; la deslealtad y el perjuicio eran los mas vergonzosos crímenes; era un oprobio el ofender aun levemente al débil, ó la agresión contra el hombre desarmado; y ¡desventurado aquel que no volase á defender al inocente oprimido que implorase su socorro!

Las virtudes caballerescas contribuyeron á destruir la barbarie de la Edad-media. El proteger al débil contra el fuerte arriesgando de continuo los Caballeros su propia vida, sacó á la sociedad de aquel estado inculto en que la fuerza ocupa el sitio de la justicia: el punto de honor, inseparable de la Caballería andante, fué para aquellos atrasados siglos «á manera de una religion con sus misterios y sus milagros,» como dice un célebre escritor; la caballerosa urbanidad, excitada por los mas nobles y tiernos afectos del alma suavizó las costumbres y sentimientos de los crueles corazones de su época; la modestia de aquellos héroes que parecia el pudor de la gloria birió profundamente (con la admiración que á todos causó) á la arrogancia, al desden y al orgullo de los poderosos. La fuerza moral pudo desde entonces triunfar de cualquiera otra fuerza; y como en los tiempos bárbaros la moderación de los guerreros y la humildad de los fuertes son, un verdadero principio de salvación para la sociedad, la Europa pudo marchar y marchó decididamente por el largo camino de la cultura.

Pronto las princesas y los príncipes violentamente desposeídos de sus estados imploraron el auxilio de la Caballería andante; y desde aquel punto los campeones de la desgracia y de la belleza fueron libertadores insignes de magnates y monarcas, y verdaderos conquistadores de provincias y de reinos.

El papa Urbano II, queriendo sacar de entre las manos de



los infieles el sepulcro del Redentor, se dirigió á los Caballeros andantes con estas notabilísimas palabras: — «Vosotros que por do quiera llevais el terror de vuestras armas, y que en la tierra servís á la ambición ó al odio ajeno, levantaos, y cual nuevos Macabeos, corred á defender la Casa de Israel, que es la viña del Señor de los ejércitos.» — Los Caballeros respondieron á este llamamiento acudiendo entusiasmados á alistarse bajo la bandera de la Cruz; y desde este instante fueron mas y mas multiplicadas y estrechas las conexiones de la Caballería con la Religión.

Como los Caballeros andantes acostumbraban á llevar representada por medio de una divisa ó geroglífico la acción ó hecho de armas que iban á *emprender*, cuya figura alegórica se llamó *empresa*, los que marcharon á conquistar el sepulcro del Crucificado tomaron por empresa la cruz de color de sangre, poniéndola sobre sus armaduras y vestidos. De aquí su nombre de *Cruzados*, y el de *Cruzada* de la guerra que emprendieron. Esta lucha, á cuyo período puede llamarse «los tiempos heroicos del Cristianismo;» este grande acontecimiento, uno de los que mas han influido en la civilización, dió nuevo giro á las ideas caballerescas haciendo tomar á la Caballería un carácter notablemente religioso. Desde luego, los Caballeros que se habían obligado á pelear contra los enemigos de Jesus y llevaban sobre sí el emblema de la Redención, tenían durante el oficio divino la espada desnuda para rendir al Dios de los ejércitos el homenaje de su valor: despues, en la Palestina, se formaron nuevas asociaciones caballerescas, que al espíritu marcial de la Caballería europea, reunieron el cenobítico de las órdenes monásticas, resultando de esta amalgama las órdenes religioso-militares. Allí los Caballeros reemplazaron, con el amor de Cristo, á la antigua galantería; con el auxilio á los enfermos y miserables, á la venganza de los agraviados; con la castidad, al amor profano; con la pobreza individual, al lujo y al esplendor; con la abnegación y sujeción perpetua á un jefe, á la completa independencia y á la libertad de marchar á su arbitrio y por do quiera.

Esta nueva fase de la Caballería hay quien cree haber tenido por causa lo siguiente:

Cuando los Cruzados llegaron á la Tierra Santa hallaron establecida en ella, desde largo tiempo, una congregación puramente religiosa y monástica denominada de *S. Lázaro*, dedicada al servicio de los leprosos y peregrinos, y que se dice haberse instituido en S. Juan de Acre durante el siglo I de la iglesia; haber sido protegida por los emperadores Honorio, Teodosio, Valentiniano, Justiniano y Tiberio, y haber acompañado algunos de sus religiosos, á Heraclio en su expedición á Oriente, para cuidar de los heridos ó enfermos que pudiera tener en su comitiva. Despues había conseguido permiso para establecerse en Jerusalem, Belén y Nazareth; y segun atestiguan una antigua iglesia de S. Lázaro en Chipre, hizo tambien mansion en esta isla. Benedicto IX, en una bula expedida el año 1043, la habia concedido numerosos privilegios, que en tiempo de las Cruzadas (en 1096) confirmó el papa Urbano II. — La orden de S. Lázaro, que bajo el terrible mando de los emperadores idólatras, y despues bajo el de los conquistadores persas, árabes y sarracenos no habia podido hacer mas que doblar la cerviz para sostenerse en fuerza de su humildad, de su abnegación y de los servicios que á la humanidad, sin distinción de religiones, prestaba; no pudo menos, durante la guerra santa, de empaparse en el espíritu de esta en que la piedad inspiraba el valor, y en la cual, junto al sepulcro de Jesucristo, todo se convertía en belicoso; todo, hasta la caridad evangélica. Así fué que sus afiliados tomaron las armas para secundar á sus correligionarios llegados de Occidente á conquistar los Santos Lugares. No queriendo, empero, faltar al objeto primitivo de su instituto se dividieron en tres clases; una de Caballeros para rechazar con las armas á los enemigos del Salvador, y aun en caso necesario seguir la bandera de la Cruz y acometer á los infieles en cualquier parte de la tierra; otra para cuidar á leprosos; y otra de sacerdotes para suministrar auxilios espirituales; siendo siempre la principal obligación de las tres clases el dedicarse á las obras de caridad. Al principio habia adoptado la orden la regla de S. Basilio, y despues

tomó la de S. Agustín. — Su traje consistia en solideo y manto con una cruz pintada al lado; y á esto se añadió posteriormente un collar.

A ejemplo de la orden de S. Lázaro parece haberse fundado la hospitalaria de S. Juan Bautista de Jerusalem para la curación de los heridos y dolientes de enfermedades limpias. Así como aquella en su origen, lejos de ser militar, solo estaba recomendado á sus afiliados el ejercicio de la caridad con todos los cristianos, y de la humildad con los peregrinos; así como aquella añadió despues á esto la obligación del servicio militar, haciendo en tiempo del gran maestre Dupuis el voto de pelear contra los infieles hasta morir; y así como en aquella hubo Caballeros para guerrear, y no-caballeros para asistir á los acogidos al hospital. Hay autores que aseguran por el contrario no haber sido la orden de S. Lázaro la mas antiguamente establecida en la Tierra Santa.

Algo diferente de las anteriores, aunque del mismo tipo monástico, religioso y militar, fué la tristemente célebre de los Templarios, cuyo deber era dedicarse á la práctica de las virtudes cristianas y militares; y cuyo objeto, la defensa de los Santos Lugares y la protección de los peregrinos que iban á visitar el sepulcro de Cristo.

Otras asociaciones del mismo género se formaron en la Palestina con diferentes fines piadosos, constituyendo órdenes religioso-militares.

De este modo la Caballería tomó en Oriente un carácter muy distinto del que habia tenido en Occidente.

La fama difundió por todas partes la gloriosa reputación de las órdenes religioso-militares de la Tierra Santa, entusiasmando, con sus heroicos hechos y benéficas instituciones, hasta á los habitantes de los últimos confines y de las mas remotas islas de nuestra parte del mundo; y de tal modo, que segun dice un acreditado historiador, «no habia en Europa familia ilustre que no suministrase un caballero á las órdenes militares de Palestina. Los príncipes mismos se alistaban en aquella santa milicia, y dejaban las insignias de su dignidad para tomar la cota de armas encarnada de los Hospitalarios, ó el manto blanco de los caballeros del Temple. En todos los pueblos del Occidente los daban castillos y ciudades que ofrecían un asilo y socorros á los peregrinos, y llegaban á ser los auxiliares de Jerusalem: los *simples* religiosos, los *soldados de Jesucristo* tenían un lugar en todos los testamentos; y muchas veces fueron herederos de los príncipes y monarcas.»

El espíritu religioso al par que guerrero de la península española impulsó eficazmente á sus naturales á procurar el engrandecimiento y propagación de tales órdenes: los reyes y la nobleza se apresuraron á dar el ejemplo de su piadoso fervor, ya incorporándose en estos institutos, ya donándolos con mano liberal tierras, iglesias, poblaciones, castillos, inmunidades y prerogativas, que fueron sucesiva y rápidamente aumentándose del modo mas admirable.

La analogía existente á la sazón entre la guerra de España y la de la Tierra Santa, puesto que en una y otra parte la lucha estaba empeñada entre los discípulos del Evangelio y los prosélitos del Corán, fué motivo muy poderoso para que en nuestra nación se fundasen institutos caballerescos á imitación de las órdenes religioso-militares del Oriente establecidas en ella. Las de Calatrava y Santiago son los mas antiguos ejemplares que de este tipo subsisten entre nosotros; y al mismo pertenecen las de Alcántara y Montesa, derivadas de la de Calatrava.

Otras órdenes de caballería se fundaron por aquellos tiempos y posteriormente en la Península, en algunas de las cuales (fuese por efecto de la lectura de libros caballerescos, fuese porque aquí quedasen restos ó recuerdos de la caballería andante) se prescindió del elemento monástico de las orientales. No se dejó, sin embargo, á cada caballero en la independencia de los primitivos occidentales, sino que se le sujetó á un jefe supremo, reservando para sí esta dignidad los reyes cuando las fundaron. Créase de esta suerte en nuestra patria un término medio entre la caballería del Oriente y la primitiva del Occidente. Son entre



estas órdenes muy dignas de conmemoración las de San Salvador, de la Hacha de las Matronas de Tortosa, de Alfama, de la Banda, de la Paloma, de las Azucenas y de la Escama, pertenecientes á la Edad-media.

Merece notarse que todas las órdenes caballerescas españolas de aquel período, que hoy existen, fueron desde su origen no solo religioso-militares, sino tambien monásticas; habiendo sido tan efímera la duracion de las otras, que muchas de ellas apenas vivieron mas que hasta la muerte de los monarcas que las fundaron.

En los tiempos modernos se introdujo en España la órden de origen extranjero denominada *El Toison de oro*.

En el último siglo y el presente se han instituido las reales órdenes de Carlos III, de Damas nobles de la reina María Luisa, la americana de Isabel la Católica, y las de San Fernando y San Hermenegildo, las cuales no tienen ni han tenido el elemento monástico.

MANUEL DE ASSAS.



EL CASTILLO DE PONTEJOS.

Casi en la márgen de la ría de Santander, en la orilla opuesta á la de la ciudad por el lado de mediodía, subsisten los caducos paredones de una antigua torre cuadrada, flanqueada con cubos por sus ángulos, y conocida con el nombre de *El castillo de Pontejos*. Aunque situada en paraje ameno y á la vista de Santander, apenas es visitada por curiosos viajeros, tal vez por ignorarse que ha pertenecido á personas muy acreedoras al reconocimiento de aquella muy noble ciudad y de la coronada villa de Madrid.

Esta torre, segun las noticias que acerca de ella hemos logrado adquirir, es la casa solar del apellido de Pontejos y cabeza de título del marquesado del mismo nombre.

En el año de 1789 poseía la torre la Excm. Sra. Doña María Ana de Pontejos y Sandoval, hija primogénita y heredera de los Sres. marqueses de Casa-Pontejos, dignísima esposa del Sr. Don Francisco Moñino, caballero gran cruz de la real y distinguida órden española de Carlos III, del Consejo de S. M., su intendente que fué de la provincia de Soria, consejero de Indias, ministro plenipotenciario en la corte de Florencia, embajador en las de Venecia y Portugal, y entonces gobernador del real y supremo Consejo de las Indias. El insigne esposo de esta ilustre señora, y su hermano el conde de Floridablanca, célebre ministro del munífico rey Carlos III, procuraron el engrandecimiento del puerito de Santander, teniendo parte en impulsarlos á este objeto tan digno de la pública gratitud de aquella poblacion floreciente desde entonces, la dulce persuasiva de la benéfica Doña María Ana.

En nuestros dias ha pertenecido la torre á otro elevado per-

sonaje á quien la villa de Madrid debe las primitivas mejoras en ella ejecutadas á principios del actual reinado, y que han dado el impulso y sido el estímulo de todas ó las mas de las que sucesivamente han venido verificándose. Hablamos del inolvidable marqués viudo de Pontejos, cuya esposa fué la heredera de la torre de que tratamos, y al cual, como es bien sabido, debe Madrid las primeras de sus anchas aceras sustituyendo á las mezquinas y desiguales que las precedieron y de las cuales aun queda una parte no pequeña; los faroles de reverbero que reemplazaron á los diminutos de candelija comparados por algun extranjero con los gusanos de luz; el establecimiento del asilo de S. Bernardino; y otros muchos embellecimientos cuya enumeracion creemos innecesaria por estar grabada en la memoria de cuantos se interesan en las mejoras de la corte de las Españas.

Santander debe tambien al marqués viudo algun proyecto y aun diseño, cuya realizacion la embellece, y la embelleceria mas, segun tenemos entendido, si se hubiese cuidado en la ejecucion de seguir estrictamente la idea tal como su inteligente autor la habia concebido.

Concluiremos estas ligeras líneas aconsejando á cuantos, residiendo en Santander, tengan aficion á paseos marítimos y á dias de campo, que dirijan alguna de sus recreativas escursiones á Pontejos; porque si acaso la vista del castillo no les parece merecer la viajata, la amenidad del sitio y sus pintorescas perspectivas los compensarán del breve tiempo perdido y de la leve fatiga que hayan podido sufrir para llegar hasta aquel paraje.

A.



## AMPARO.

(MEMORIAS DE UN LOCO.)

(Continuacion.)

En lo físico la trasformacion habia sido tambien maravillosa: habia crecido: sus formas antes flacas se habian redondeado, modelado, armonizado, dulcificado hasta lo infinito: se desprendia de ella tal fuerza de vida, su piel era tan intensamente blanca, tan sedosa, tan bellamente pálida, con una palidez nacarada; sus cabellos eran tan negros, tan brillantes, tan ricos, que su peinado parecia estar hecho por un escultor griego sobre ébano; las cejas negras y las pestañas negras tambien, espesas, convexas, dando fuerza con su sombra á su mirada, velándola, amortiguando su brillo; su boca pequeña, de color vivo, fresco y puro; el corte general de la cabeza, lo esbelto del cuello, lo redondo de los hombros, la altura virginal del seno, y los brazos que se veian entre los encajes de una bata de seda á listas, la suelta plegadura de esta bata que revelaba la ausencia de esos ahuecadores con que las raquíticas mujeres de nuestros días encubren la flacura de sus formas, todo esto la daba una fuerza de voluptuosidad irresistible, y para aumentar esta voluptuosidad, se desprendia de ella, de su expresion, de sus miradas, de su actitud, tal perfume de castidad, que era necesario creer que su cuerpo como su alma estaba virgen.

Y sin embargo aquella boca entreabierta y suspirante, aquella mirada vaga y tímida, aquella palidez mate, revelaban que en ella ardía el fuego sagrado; que estaba ansiosa de amor.

¿Pero á quién podia amar Amparo?

¿Dónde el ser que pudiese llenar aquella alma tan entusiasmada, tan apasionada por lo bello, que se remontaba en sus aspiraciones al cielo y vivía con pena en la tierra?

¿Dónde el alma en que pudiera reclinarse, confundirse, vivir aquella alma desterrada?

Porque estas aspiraciones y estas necesidades de su alma estaban impresas sobre el semblante de Amparo.

Y fué tan franca en los primeros momentos de nuestra vista la expresion de aquel semblante, que comprendí que Amparo amaba, que amaba con toda su alma y que amaba sin esperanza.

Y al comprender esto sentí al mismo tiempo celos y remordimientos.

Celos porque no era yo el hombre á quien ella amaba.

Remordimientos porque, elevando su educacion, habia elevado su espíritu, la habia aumentado sus aspiraciones, y la habia hecho por consecuencia infeliz.

Porque á pesar de su magnífica hermosura, ni tenia nombre ni dote.

Amparo era una expósita: Amparo solo tenia necesidades.

¡Y es tan positivista el siglo XIX!

En otros tiempos la hermosura y la virtud podrán haber sido un magnífico dote: hoy el dote está sobre la virtud y sobre la hermosura: los viejos son los únicos que se casan con las mejores jóvenes, honradas y bonitas.

El siglo XIX, bajo cualquiera faz que se le mire, es el siglo de la sangre y del lodo.

El siglo de la compraventa.

El siglo del incesto y del adulterio.

El siglo corruptor y corrompido.

El siglo en que la acepcion de las palabras mas nobles está viciada.

El siglo en que todo es mentira menos el dinero.

¡Qué podeis esperar de un siglo en el cual el que invoca con entusiasmo la patria, el amor y la fraternidad, ó lo que es lo mismo la caridad, se pone en ridículo!

¡De un siglo en que....!

El siglo XX hará la historia del siglo XIX.

¿Qué podia esperar Amparo?

Una vida de sufrimiento.

Porque Amparo tenia la desgracia de flotar, soñando, en alas de su entusiasmo, en una region á la cual solo podia alzarse su deseo.

Todo lo que acabo de apuntar lo observé, lo comparé, lo pensé, lo deduje en un momento en que estuvimos callando, ella turbada con la mirada baja, yo contemplándola absorto y enamorado.

Sí, enamorado, y enamorado como un loco.

Sin embargo, un mismo pensamiento, sin duda, nos hizo ponernos la máscara de la conveniencia.

Yo creí que debía apelar á toda mi fuerza de espíritu para mostrarme con ella en la verdadera posicion en que podia colocarme: esto es, en la posicion en que me encontraba seis años antes.

Amparo debía ser siempre para mí la misma: una protegida á quien yo dispensaba cuanta proteccion debía de una manera enteramente desinteresada: lo demás me parecia repugnante.

Y ella.... ella levantó al fin los ojos. Su semblante no mostraba mas expresion que la del respeto, la del agradecimiento: era la misma niña de seis años antes, pero hermosa, hermosísima, con un traje de seda, en una habitacion amueblada con gusto y confiada y tranquila á mi lado, como si se hubiera tratado de su padre.

Pero se trasparentaba bajo aquella tranquilidad algo de doloroso: se comprendia que la careta la hacia daño.

— ¿Con que hasta tal punto me habia olvidado V., me dijo sonriendo, que no me ha reconocido?

— Se ha trasformado V. de una manera completa; la contesté.

— Creo que quien se ha trasformado es V.

— ¡Yo! No por cierto, siempre el mismo, se lo juro á V.

— ¿Y ese usted? ¿ese encogimiento.....? Yo..... yo soy siempre la misma: siempre contenta, siempre amándole á V., siempre dando gracias á Dios por el bien que me ha hecho....

— Me parece, Amparo, la dije conmovido, que sufres, que no eres feliz, que estás contrariada....

— ¡Ah! Ya vuelve V. á ser el que era: el usted me hacia daño: por lo demás veamos lo que soy: una muchacha que en vez de vivir en un tabuco, vive en un bonito cuarto: que viste seda y que borda, cose, canta, atormenta un piano y enseña lo que se enseña en España en un colegio. Esta es toda la diferencia: por lo demás pienso hoy de la misma manera que pensaba el día en que almorcé con V.

— ¡Ah! ¡Te acuerdas!

— Sí me acuerdo. Y en prueba de mi buena memoria: ¿continúa V. cansado de la vida? ¿No espera V. nada? ¿No desea V. nada?

— ¡Oh! la contesté: nada espero, nada deseo....

— Y en esos largos viajes....

— Solo he encontrado motivo para hastiarme mas.

— ¡Siempre el mismo! ¡Siempre sin esperanza! exclamó de una manera particular, y sin que por su acento pudiera yo conocer su intencion.

— Esto en mí es una enfermedad incurable, la dije: tratemos de tí.... y tú.... ¿qué esperas? ¿qué deseas?

— Yo.... me contestó mirándome fijamente, pienso como pensaba hace seis años.

— ¡No recuerdo!

— Pienso buscar la paz y la felicidad en Dios.

— ¡Ah! ¡vuelves á lo del convento!

— Sí.

— Pero es extraño.... ¿No amas?

— No.

— Eso es imposible. Una joven como tú....

— Una joven como yo.... que no se pertenece; que solo puede dar á un hombre inconvenientes; que no tiene apellido para sus hijos, no se casa: y una mujer como yo cuando no piensa casarse no ama.



— El amor es un sentimiento: no se ama porque se quiere amar.

— Sí, sí; concedido: comprendo que se ama porque se ama. Pero he tenido la suerte de no enamorarme.

— De seguro no habrá faltado.....

— ¿Y qué importa? yo me he guardado muy bien de amar.

— Pero..... lo que yo quería está ya conseguido: eres toda una dama.....

— Sí, es verdad, soy directora de un colegio, y salgo todos los días á dar lecciones de lenguas.

— Pero y bien..... este siglo no mira mas que las apariencias: acepta un dote cuantioso; cierra el colegio.....

— ¡Ah! ¡Es que quiere V. comprarme un marido!

La contestacion de Amparo, aunque pronunciada en medio de una alegre risa y con gran ligereza, tenia un fondo de dolor y de dignidad ofendida que no podian desconocerse.

— No hablemos mas de eso; la dije: harás lo que quieras, todo menos ser monja. Hablemos de otra cosa. ¿Qué se ha hecho de doña Gregoria?

— Ha muerto hace dos años, me contestó tristemente.

— ¡Ah! ¡Pobre mujer!

— No por cierto; murió con la resignacion de una cristiana entre mis brazos.

— ¿Y su marido?

— Está empleado en provincia.

— ¿Y el padre Ambrosio?

— Sigue viviendo en su casa de vecindad.

— Y tú..... ¿cómo estás al frente del colegio?

— Antes de que muriera doña Gregoria lo estaba ya. Habia sufrido un exámen, y al morir doña Gregoria era necesario cerrar el establecimiento ó encargarme yo de él..... Entonces, el bueno de D. Tomás se convino á que se le pagasen los muebles, y..... en dos años nada le debo; estoy establecida..... soy independiente, tengo un pequeño capital..... lo que basta para mi dote..... y ya que V. ha venido, me voy al claustro..... decididamente..... me voy á buscar la paz.

— Es que yo no quiero.

— ¿Y qué quiere V. que haga? ¿Cuál es su voluntad de V.? ¿Quiere V. que me case? Me casaré. Pero me casaré con un pobre.

— No, no es eso.....

— Pues el convento.....

— El colegio.....

— Una soltera sola no está bien en el mundo.

— ¿Y te casarias solo por darme gusto?

— No me pertenezco: V. es mi padre: mi amor y mi agradecimiento me mandan obedecer á V.: si así no fuera hace mucho tiempo que habria tomado un partido cualquiera. Pero no quise tomarle sin conocimiento de V. Y como no sabia donde V. se encontraba..... como durante seis años no ha escrito V. una sola carta.....

— ¿Y para qué?

— ¿Para qué? Para que yo no hubiese tenido ansiedad, para que yo hubiese estado tranquila.

— ¡Ah! El no saber de mí.....

— Hubiera sido una infame si no me hubiera interesado la suerte de V. Le amo á V. como amaría á mis padres..... y mire V.

Y Amparo se levantó y abrió la puerta de un gabinete.

— Ahí no entra nadie mas que yo, dijo.

— ¿Y aquella luz? la pregunté señalando una que ardía delante de una virgen de los Dolores pintada al oleo.

— Esa luz arde delante de la Virgen desde el día en que V. salió de Madrid.

Y entonces los ojos de Amparo se llenaron de lágrimas.

No sé si hubiera cometido alguna imprudencia, porque en aquel momento sonó una campana.

— Adios, me dijo tendiéndome una mano; es la hora de comer y mis niñas me esperan. Vuelva V.

Salió enamorado y desesperado.

Enamorado porque Amparo hablaba á mi corazon, á mi voluptuosidad, á mi razon; desesperado porque nada habia visto en Amparo mas que una ardiente expresion de agradecimiento. Amparo parecia enamorada de un imposible. Yo por mi parte habia tenido bastante sangre fria para no hacerla sospechar el verdadero interés que me inspiraba.

Volví á mi casa preocupado, dominado por el efecto que habia causado en mí la vista de Amparo.

Pretendí formar una idea exacta acerca del sentimiento que me inspiraba: al recordar su mirada, opaca, llena de una vida ardiente, su sonrisa triste, amarga en medio de su resignacion, sus encantos uno por uno, y despues el magnifico conjunto de aquellos detalles admirables: el no sé qué misterioso, vago, indefinible que emanaba de sus miradas, de su sonrisa, de su acento, de su actitud, de todo su ser, de su alma exhalada siempre en una manifestacion sentida, dulce, extremadamente simpática, mi corazon me decia inflamado en un ardor desconocido para mí:

— Necesito que sea mía, enteramente mía.

Y al expresar mi corazon la devorante necesidad de poseerla, mi razon me gritaba severa:

— Es necesario que sea tu esposa.

De la misma manera que no he podido describirlos á Amparo, no puedo haceros comprender de qué manera la deseaba, de qué manera la amaba.

La deseaba como jamás habia ansiado otra mujer. Parecía-me que las mujeres con las cuales habia estragado mi corazon y mis sentidos eran de otra especie que Amparo: me parecia que Amparo era la mujer..... ella sola la mujer: esa mitad preciosa de la vida del hombre: la compensacion de su fatiga, la alegría de sus pesares, el aliento de su corazon, la mitad del cuerpo y del alma de nuestro hijo, de ese dulce punto de union donde van á confundirse en una dos existencias; la mujer con la cual nos identificamos, que siente con nosotros como nosotros sentimos con ella; que sufre cuando sufrimos; que goza cuando gozamos; que se muestra orgullosa por pertenecernos, y fuerte por nuestra fuerza; que asida de nuestro brazo se encamina tranquila á la tumba, y muere contenta y feliz si en su lecho de muerte se ve rodeada del amor de una familia en la cual se mira multiplicada, joven, fuerte, hermosa como en los dias de su juventud.

Yo al desear á Amparo, deseaba la familia..... yo queria rodearme de esos testimonios de la inmortalidad humana que se llaman hijos. (Porque yo entonces, vuelvo á repetirlo, era impío y no podia referirme á la inmortalidad sino refiriéndome á la maldad.) Yo necesitaba, en fin, la piedra del hogar, consagrado por el amor y por la virtud.

La amaba..... voy á procurar deciros las manifestaciones íntimas del amor que me inspiraba Amparo.

Era un amor, ni todo espíritu, ni todo materia. Era un amor humano: el amor del hombre hácia la mujer: una atraccion incontrastable me arrastraba en mi pensamiento á confundirme con ella: parecíame sentirla engrandeciéndome mi ser, absorbiéndose enteramente su cuerpo y su alma, respirando en su aliento, latiendo en su corazon, viviendo en su vida..... ¡Oh! El lenguaje humano es miserable..... no tiene palabras para el sentimiento, es impotente para traducir el alma. Yo la amaba como á mí mismo, mas que á mí mismo: la amaba hacia mucho tiempo: para conocer que la amaba necesité verla en el esplendor de su hermosura, en el lujo de su transformacion, y entonces comprendí que yo no estaba hastiado sino sediento; que en mí no habia muerto nada; que mi vida habia pasado entre un marasmo fatigoso producido por el lodo del mundo en que hasta entonces me habia revolcado.

Aquella transicion de la trapería á la dama, de la niña á la mujer, transicion para mí violenta puesto que alejado de ella durante seis años no habia podido asistir á la elaboracion len-



ta, gradual, lógica de aquella transformación; fué para mí....

(Suponed por un momento que el sol no existe: que solo os alumbraba una luz artificial: que habeis recorrido el mundo armado de una linterna, tropezando aquí, cayendo allá, buscando no sé qué quimera de vuestro pensamiento: que habeis aplicado la luz de vuestra linterna al semblante de todo el que habeis encontrado, y habeis visto un rostro repugnante del cual habeis apartado los ojos con hastío; que habeis seguido siempre adelante buscando vuestro fantasma y os habeis cansado al fin, habeis arrojado la linterna y os habeis quedado á oscuras exclamando:

— El mundo es la horrible verdad de lo monstruoso, de lo deforme: la vida una carga insoportable; el hombre nuestro hermano no existe; la mujer nuestra ayuda es sueño. El que tiene vida en ese mundo de horribles verdades muere; no hay Dios: no hay humanidad. El mundo es hijo del acaso: el hombre es un reptil como otro cualquiera.

Y suponed que cuando acabais de pronunciar esa blasfemia aparece de repente el sol en una explosión de luz y de armonía: que llevais una mano á vuestros ojos que se deslumbran, y otra sobre vuestro corazón que se enternece lleno de una nueva vida; y que cuando volveis á abrir los ojos os encontrais de nuevo en las tinieblas, enardecido por el próximo y candente recuerdo de la luz divina que os ha deslumbrado, de la armonía de los cielos que ha reanimado vuestro ser.... y despues de haber supuesto esto suponed vuestra desesperación, vuestro dolor.

Dios existe: existe la luz; pero Dios está irritado contra vos, no ha hecho la luz para que brille en vuestros ojos: no ha hecho la armonía para que deleite vuestros oídos: sois un ser condenado: Dios es un ser vengativo.

Yo habia buscado en el mundo sin encontrarle el amor tal cual yo le comprendia.... le habia buscado en vano y me habia dicho:

— Nuestro amigo y nuestra amante son dos fantasmas soñados por nuestro deseo.

Dios no puede haber dado á su hechura aspiraciones imposibles:

Si no ha podido dárselas y las tiene no existe Dios;  
O Dios es el acaso.)

Amparo fué para mí el sol de la vida: la mujer que salía del edem y se ponía delante de mí.... la prueba material de que Dios ha dado á cada aspiración del hombre una realización.

Amparo realizaba mis sueños: era la mujer que yo habia buscado en vano, la mujer que hablaba á mi corazón y á mis sentidos; pero.... Amparo no me amaba: si me hubiera amado yo lo hubiera comprendido: Amparo me consideraba como su protector, como su padre: Amparo se resignaba á cumplir mi voluntad hasta el punto de casarse con el hombre que yo la designase.... y Amparo amaba.... Amparo sufría.... sus ojos, mi alma habian apurado su sufrimiento.... Amparo no era mía.... habia visto por un momento mi fantasma y me le arrebató Dios.

Dios castigaba mi impiedad.

Pasaron algunos dias sin que yo fuese á ver á Amparo.

Tenia miedo de verla.

Temia echar á perder inútilmente mi papel de protector, de padre, dejándome arrebatar á una situación ridícula en un momento de olvido.

En estos dias mi administrador general se empeñó en darme cuentas, y me vi obligado á ceder, para que tuviese ocasión de convencerme de que era hombre de bien.

Pasé por alto una multitud de partidas; pero no pude menos de reparar en una data.

Estaba figurada en estos términos:

«A doña Amparo, por encargo especial del señor, cuatro mil reales.»

— ¡Cuatro mil reales! dije con extrañeza: ese no será el total de la data.

— Sí; sí por cierto, señor, doña Amparo no ha recibido mas.

— ¿Y en qué consiste? ¿No mandé á V. que entregase todos los meses mil reales á doña Gregoria?

— Sí; sí señor; pero doña Gregoria me dijo al cuarto mes que no recibía mas.... por aquel año.... que á la señorita la bastaba para un año aquella cantidad y....

— Usted debió insistir.

— Insistí.... pero yo no podia obligar á doña Gregoria....

— Y al año siguiente....

— Fué el primero de enero con cuatro mil reales....

— Pero no constan.

— Es que doña Gregoria no los quiso recibir.

— Es V. un torpe....

— Yo puedo sacar á un deudor la cerilla de los oídos y se la saco, si no encuentro otro medio de cobrar, para lo cual soy muy listo; pero no se me ocurre que haya en lo humano un medio para hacer tomar dinero á una persona que no quiere tomarlo; lo cual afortunadamente es muy raro.

— Pero ¿qué razones dió á V. doña Gregoria?

— Con las palabras mas dulces del mundo, deshaciéndose en elogios y en palabras de agradecimiento hacia V. me dijo que la señorita Amparo, ayudándola en el cuidado de las niñas del colegio, ganaba lo bastante para sus necesidades.

No supe qué contestar. Amparo volvía á hacerse superior á mí.

Mi administrador continuó impasible relatándome sus cuentas.

Al fin en las de dos años antes leyó lo siguiente:

— Cargo: recibido de doña Amparo, cuatro mil reales.

No pude contenerme: mi irritación estalló: mi administrador es un asesino: apuré con él la suma de los dieterios conocidos y por conocer y le destituí.

(Continuará.)

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

## Epigramas.

### 1.º

Seis colegiales reunidos,

De los de beca y manteo,

Hallaron en un paseo

A dos pacientes maridos.

De estos, el que hacia punta,

Dijo al colegial rector: —

«Guarda á la recua el Señor.»

El contestó: — «y á la yunta.»

### 2.º

Dijo Pastrana á Melchor

(Como quien no dice cosa): —

«He dibujado una rosa

«Tan propia que exhala olor.»

Oyendo luego el rumor

De una música lejana

Dijo Melchor á Pastrana: —

«¿Sabes que música es esta?

«El boceto de una orquesta

«que he pintado esta mañana.»

H. MUNÁRRIZ.

Director y propietario D. MANUEL DE ASSAS.

Madrid.—Imprenta de la VIEDA DE PALACIOS.